

Homero: reinventando los valores perdidos

Profesora Leticia Collazo Ramos

Acercar Homero al joven estudiante de secundaria en estos tiempos es una tarea desafiante, pero enormemente gratificante para el profesor de Literatura en Uruguay. Nuestra sociedad, fundada en los valores tradicionales con una alta consideración por la cultura humanística ha sufrido, como otras en los últimos años, la crisis de estos paradigmas. Sin embargo, el redescubrimiento de los más hondos pilares de la cultura occidental que inaugura los poemas de Homero, abre al muchacho una ventana que le permite contemplar, en lo más logrado este antiguo pueblo, los valores que parecen hoy estar perdidos o en crisis. No se necesita fundamentar el por qué del estudio de una obra de arte, menos aún de estos monumentales poemas, que evidencian siglos de preparación por parte de anónimos aedos y hallaron su culminación en Homero, a quien los griegos llaman el poeta. Supone para el profesor derribar Escilas y Caribdis, la pereza del joven estudiante ante la extensión de los poemas, y las múltiples (y no siempre felices) traducciones de *La Ilíada* y *La Odisea*, pero no está solo el docente en este desafío. Emerge de las brumas del tiempo el encanto del viejo arte de la poesía heroica y la magia de los relatos de aventuras en la voz del bardo de Grecia, que se apoderan de la clase, y desde ellos, el muchacho redescubre la vigencia de su palabra. Señala G. Steiner¹ que tanto la mitología clásica como la hebrea (Orfeo, Filomela, Babel,...) acusan las huellas de un antiguo terror: el escándalo milagroso de la PALABRA. En los poemas homéricos el estudiante se acerca a la inmensa belleza de la palabra poética, nunca mejor simbolizada que en la posesión del cetro de los hombres en la Asamblea (ágora). Para Aristóteles², el hombre es el ser de la palabra, su origen es enormemente misterioso, y en la figura del antiguo poeta vate, inspirado por la diosa Calíope, eleva Homero al plano divino el don de la palabra, resignificándola como un don de los dioses. El profesor es un guía entonces, un iluminador de sentidos, que están íntimamente ligados con lo que somos como individuos y como sociedad, un facilitador de

¹ Steiner, George. Lenguaje y Silencio GEDISA 2003 Barcelona

² Aristóteles. Poética Editorial Quadrata Bs As 2004

preguntas en esta difícil tarea de existir. Como señala Kitto³, Homero ha captado la ley universal que rige el cosmos, concentrada en las repercusiones del particular accionar del ser humano, especialmente cuando está cegado por la PASIÓN devastadora de la *Hybris*, pero también en su luminosa contracara, la medida o *sofrosine*. En la empecinada carrera del hombre por erguirse ante la fragilidad de su destino, con la certeza de que actuar destacadamente es dar sentido a su ser en el mundo, el personaje homérico se transforma en héroe. Los alumnos asisten asombrados al imaginario de los poemas de Homero. Los dioses antropomórficos y combativos que toman partido por los héroes o se empecinan en eliminarlos, revelan el más alto atrevimiento intelectual de la cultura griega, al imaginar con forma humana y debilidades de carácter a sus dioses, en un intento de explicar lo misterioso del universo y del alma del hombre. Es este uno de los aspectos más ricos del mundo poético de Homero, y que merece ser destacado para madurar con el alumno: el HUMANISMO vigoroso de sus personajes tremendos, venidos del vasto mundo de la leyenda y el mito. Dioses y hombres conforman las dos caras de la significación de la existencia, reflejo de la estructura social de la aristocracia griega. El poeta ha mezclado en ellos lo sublime y lo frívolo, rasgos que concentró al colocarlos juntos en el Olimpo desde el que contemplan las acciones de los hombres. Esta concepción condujo a una nueva autoconciencia, más válida hoy de lo que estuvo en otras lecturas históricas de los poemas. La idea de los dioses como auditorio del gran teatro humano, al cual asisten apasionadamente promueve en el ser humano la necesidad del autoconocimiento. Al no ser dioses creadores del mundo ni del hombre, no son responsables por él, no tienen injerencia moral en sus decisiones, dejando Homero el campo del ethos enteramente humano. Sus dioses no despertaron en ellos amor ni fe, por ello, para solicitar ayuda moral, el hombre contaba con sus compañeros mortales, sus instituciones y costumbres. Sin el miedo a los dioses, el hombre comprendía que había fuerzas en el universo que él no podía manejar, por lo cual desarrollaría una gran consciencia de sí mismo, un orgullo y una confianza que se reflejarían en sus comportamientos sociales. Vivo HUMANISMO el homérico, capaz de centrar al hombre por encima de todas las cosas, y gracias a este universo poético, los docentes nos acercamos a los

³ Kitto. Los Griegos

principales objetivos de la educación literaria: el fomento del pensamiento crítico y la exploración personal. La obra de Homero que hoy ha llegado a nosotros exalta la grandeza de una generación que hizo frente al dolor y al sufrimiento en aras de una inmortalidad despojada de mezquindades. Basta recordar el patético momento en que Héctor, en el canto XXII de *La Iliada* reconoce la treta del destino en la ausencia de Deifobo; ese instante en que el ser humano comprende que va a morir, que nada puede cambiar eso, pero sin embargo, reafirma su dignidad al intentar por última vez justificar por qué es quien es: *“Desgraciado de mí! He aquí que los dioses me llaman a la muerte (...) Pero a fe que no moriré cobardemente sin gloria (...) Héctor, cuando ya no queda nada por hacer, se sostiene con la esperanza de inmortalizarse en la palabra y en la consideración del Otro: la fama, única forma de trascendencia digna que el personaje homérico espera. El poeta deja traslucir su admiración por Héctor que es consciente de la burla cruel de Atenea y se ve solo, como lo estaremos todos ante la muerte, que lo arrancará de los brazos de su esposa, de la mirada de su hijo y de las murallas de Troya. Caerá Troya, pero Homero no lo canta, sino que elige a Héctor para simbolizarlo. Para el poeta, la grandeza y la fragilidad del hombre van unidas, y contrastando héroes y dioses se permite subrayar su concepción de la naturaleza humana. Una de las más altas muestras del arte homérico acerca de la PLASMACIÓN POÉTICA DEL DOLOR, está en la bellísima comparación del canto I de *La Iliada*, cuando Crises es ofendido por Agamemnon, y batallan en su alma el dolor de padre y la indignación del anciano ultrajado. La belleza de la imagen está en haber logrado que “el mar de ruidos innúmeros” hable por silencioso personaje: como si el poeta nos dijese la inefabilidad del dolor de un padre que encuentra su interlocutor en la furia del mar. El sufrimiento es lo que inspira el canto ya que mediante él comprendía el hombre que aquel era su destino universal. El pesimismo de la visión griega del hombre, fundada en este fatalismo ante la clara conciencia de su finitud, queda hermosamente plasmado en el enfrentamiento de Diomedes y Glauco en el canto VI de *La Iliada*, muestra de lo mejor del ser humano, aun en momentos de extrema crueldad: los personajes se reconocen en sus ancestros y en el mundo de la paz, por eso ya enfrentados intercambian armas, y más allá de la nota humorística o sarcástica de Homero,*

de cuánto perdió Diomedes en el intercambio, aparece el símil acerca del sentido de la vida humana: *“Los hombres somos cual las hojas. El viento las esparce por la tierra y la floresta hace germinar otras, y las primaveras se suceden. Así nace y se extingue toda generación de hombres.”* Esta concepción está estrechamente relacionada, sin embargo, con un hondo vitalismo, un apego a la vida que reclama del hombre todo su esfuerzo y su pasión, toda su claridad de pensamiento para no desequilibrar la armonía del cosmos. Exaltación vitalista y aborrecimiento de la muerte, que hace decir a Aquiles en el Hades que preferiría ser esclavo en la vida, antes que rey de los difuntos. Es la PASION o DESMESURA, la *menis* o querella entre Aquiles y Agamemnon en el canto I de La Iliada, lo que amenaza la armonía cósmica, y repercute devastando hombres y pueblos.

La grandeza humanística de Homero está en haber logrado crear la idea de que de un conflicto individual, sobrevienen enormes desastres a los pueblos. El retrato más intensamente patético de la desmesura humana no está solo en la querella inicial, sino que encarna en Aquiles y su irreverencia con el cuerpo de Héctor, en el célebre canto XXII: *“Habló así y le ultrajó indignamente al divino Héctor. Le pinchó en los tendones de ambos pies (...) y le ató a la trasera de su carro (...) de modo que la cabeza le arrastrase.”* Esta pasión inaugura nuestra civilización, cuyo signo histórico más evidente no ha sido la paz, precisamente. Pero la axiología homérica, bueno es señalarlo, es la MESURA, llenar de nobles acciones la breve existencia es lo que cabe al hombre para que futuras generaciones celebren su memoria: este es el fin educador de su poesía. Pese a la furia desatada por Aquiles al comienzo de La Iliada, y redoblada ante la muerte de Patroclo, el canto XXIV restituye al héroe su *areté* cuando es capaz de recibir y llorar con Príamo, la magra suerte de los mortales, poniendo en primer plano su realeza y magnanimidad, al entrar en contacto con el dolor del padre suplicante. Una escena que rebasa el alma, Príamo tomando las manos del asesino de su hijo, representa una mirada sobre el dolor tan incisiva, que deja en el muchacho la idea de cuán grande puede llegar a ser el amor, y cuánto puede sobre el odio. Al vencer su cólera, especialmente en el canto XXIV, Aquiles vuelve a la auténtica sabiduría que no está en alejarse de la vida, sino en PARTICIPAR en ella con

elevada resignación. Este fundamental mensaje, enormemente formador para el joven adolescente, remueve su natural solidaridad y tendencia altruista. Estar vivo es participar, es actuar, Dante dejará muy patente siglos más tarde, cuán repudiable es la indiferencia. Ya Platón señalaba que Homero educó a toda Grecia, y también Jaeger⁴ en *Paideia*, alude al valor educativo y formador de su poesía. Para los antiguos helenos, la educación era un proceso de formación consciente, creemos que urge hoy volver a ello. La HOSPITALIDAD es uno de los aspectos luminosos de los poemas de Homero, que revela una clara evolución social de la cultura griega. Dice Finley⁵, que antiguamente el hombre vivía en un estado de lucha permanente con el forastero, pero a medida que se va cediendo lugar a valores más sedentarios, se impone un nuevo ideal: la obligación de hospitalidad, porque todos los forasteros y pobres son de Zeus. Hay pasajes de enorme belleza en ambos poemas como para ejemplificar tan valiosa conducta. Al llegar Telémaco en el canto IV de La Odisea, al palacio de Menelao y Helena en Esparta, es recibido por el servidor de Menelao, quien pregunta a su amo si los recibe o deriva a otro palacio, en virtud de las bodas de su hija que allí se celebran. Es un pasaje elocuente de la empatía entre los hombres, la respuesta de Menelao a esta pregunta de su sirviente: *“Antes no eras tan simple Eteoneo, mas ahora dices sandeces (...) También nosotros llegamos aquí, los dos después de comer muchas veces por la mor de la hospitalidad de otros hombres. ¡Ojalá Zeus nos quite de la pobreza para el futuro! Desengancha los caballos de los forasteros y hazlos entrar para que se los agasaje en la mesa.”* Así también, Odiseo depende su supervivencia de la hospitalidad de los feacios, de Eumeo su sirviente, de cada una de las patrias que tocó su pie. En este presente del estudiante resulta tan removedor como extraño encontrar esta conducta hospitalaria, y se le plantea entonces como uno de los valores que es preciso reinventar. Es en el canto IX, cuando reclama al Cíclope Polifemo una hospitalidad que el bruto no conoce. *“La asamblea, el ágora era desconocida entre los cíclopes (...) signo del estado totalmente incivilizado de aquellos, así como la ausencia de Themis”*, dice Finley. Efectivamente, no solo no ofrece los dones de la hospitalidad, sino que devora a los compañeros de Odiseo, y esta durísima

⁴ Jaeger, W. *Paideia: los ideales en la cultura griega* FCE

⁵ Finley, Moses. *El mundo de Odiseo* FCE

prueba para el héroe pone a prueba su entereza moral y destreza intelectual. El ritual ceremonial de la COMIDA reviste enorme importancia, más allá de situaciones concretas, especialmente cuando llega cualquier emisario o extranjero, lo primero es la comida, compartida no solo por el anfitrión, el huésped y sus dependientes, sino por los dioses. Participar en los alimentos era renovar de manera ceremonial un lazo que ligaba a hombres y dioses, como si de esta forma se rememorasen aquellos tiempos en que estos compartían el mismo banquete. Compartir una comida representa en la sociedad homérica, la reincorporación al mundo y a la sociedad, elemento de incalculable valor humanístico, porque para aquellos hombres, ser excluidos de las fiestas o los banquetes era una marca de proscripción social intolerable. En el canto V de La Odisea incluso precede al último encuentro amoroso entre Odiseo y la ninfa Calypso, quien tienta por última al héroe a inmortalizarse, sentándolo frente a ella mientras come ambrosía y bebe néctar. Pero Odiseo elige la mortalidad, la finitud de los manjares terrenales, la temporalidad del abrazo de Penélope. Nuestros muchachos comprenden este ancestral valor que el vértigo de lo posmoderno también apura y desacraliza, reencontrando en la poesía homérica un valor testimonial y poético incalculable. Aun en el más acerbo dolor, el hombre recuerda que debe comer. En el canto XXIV de La Ilíada, Aquiles invita al anciano Príamo a sentarse junto a él a compartir la comida, antes de entregarle el cuerpo de Héctor. Comen, y la comida más que nunca acá es símbolo universal de unión. Se contemplan ambos y se admiran uno por la belleza del otro, maestría poética de sensibilidad griega que incluso en momentos tan trágicos, confiere el más alto grado educador a la poesía homérica. El poeta da una visión de la belleza como emergiendo y sobreviviendo incluso al dolor y al sufrimiento. Ambos personajes reconocen en este juego especular, la fragilidad y el esplendor que coexisten en la naturaleza de los hombres: de ello deriva el tópico occidental del ennoblecimiento espiritual de quien acepta su destino y transforma la pura necesidad de soportarlo. Lo que deja la poesía homérica no es una actitud pasiva de obediencia, sino una actitud conscientemente heroica ante la adversidad, en la que el hombre se yergue ante el dolor y he ahí su más alta (y dura) batalla. Reinventar el sentido ritual de comer juntos es una de las más bellas

conclusiones a las que llega el muchacho. El sufrimiento y el RETORNO a casa, en medio de los terrores ancestrales de no lograrlo, o la incertidumbre de lo que vendrá, es tema presente en el personaje homérico envuelto en una guerra de diez años. Pero también en el mundo actual en que se mueve el adolescente, llegar a casa es una odisea. Lo representaría primero el poeta griego en el héroe Odiseo tras diez años más de estar vagando en el mar a causa de la ira de Poseidón, y siglos más tarde, en 1922, Joyce en *Ulysses*. El más hondo miedo de los héroes homéricos, no es a la muerte solamente, sino al olvido. Ser olvidados es peor que morir. Odiseo está acechado permanentemente en su retorno por la posibilidad horrible de olvidar el regreso, y el temor de haber sido olvidado. La Odisea gira en torno a este peligro, dice Calvino⁶, pero Odiseo, paradigma de un nuevo tipo de heroísmo menos bélico y más intelectual resiste porque se resiste a olvidar y ser olvidado. Odiseo llora en Ogiqia por su patria y esposa. La fuerza que supera el desánimo encuentra, en el episodio del retorno en la balsa del mismo canto V, un símbolo de amor por la vida y por los suyos: hundiéndose por el peso de sus ropajes, Odiseo se desprende de lo opulento y accesorio, para emerger de las profundidades del mar, desnudo como en un nuevo nacimiento, para seguir su camino a casa. El mensaje llega y conmueve a todo hombre en todo tiempo, y es un instante precioso en el aula cuando el muchacho entiende esta hondura humana, este esfuerzo supremo del héroe de seguir adelante despojándose de lo innecesario.

Pero es en el canto XII en el episodio de Odiseo ante las Sirenas donde la impronta humana de Odiseo tiene todo su vigor para el joven adolescente: el hombre se atreve a pasar por los peligros y las seducciones del canto, pero firmemente aferrado al mástil de su embarcación. Sus marineros, ensordecidos por la cera que tapa sus oídos, reman obedientes desobedeciendo al héroe atado, que gesticula con todo su rostro suplicando lo desaten para correr tras la seducción insoportable del canto. Pero soporta, porque fue advertido y es el más apto, sabe lo que quiere y tiene la grandeza para escuchar y resistir. Es intenso el mensaje que el alumno incorpora inmediatamente a su existencia llena de cantos fatuos de sirenas que puede gozar, pero corre el riesgo de perderse si los sigue y no conoce aún sus propias fuerzas. Tener una meta y aferrarse a ella sin dejar

⁶ Calvino, Italo. Por qué leer los clásicos

de gozar, aun de lejos, de los placeres. La meta de Odiseo es recuperar su mundo, su patria y sus amores. Penélope empapada en llanto, en el canto I de La Odisea dice *“añoro acordándome continuamente, la cabeza de un hombre cuyo renombre es amplio en la Hélade y hasta el centro de Argos”*. Pero el más alto momento de los esposos está en el reencuentro de Odiseo y Penélope en el canto XXIII, simbolizando en el tronco de olivo en torno al cual Odiseo construyó el lecho, lo inamovible de su amor conyugal: *“Esta es la señal que te manifiesto, aunque no sé si mi lecho está todavía intacto, mujer (...) y a ella se le aflojaron las rodillas y el corazón al reconocer las señales (...). Corrió llorando hacia él y echó sus brazos alrededor del cuello de Odiseo” (...)* y a él se le levantó más el deseo de llorar, y *lloraba abrazado a su fiel esposa* hasta tal punto llega la complicidad de Atenea con la vuelta de Odiseo, que *“contuvo la noche”* para que los esposos se regodearan en el amor. Amores de padres a hijos e hijos a padres, de Odiseo y Telémaco, y Odiseo por su padre Laertes, coronan los reencuentros del héroe con su mundo, en el que cada uno reconoce al héroe por una historia que los vincula: Telémaco reconoce a su padre por la amarga resignación con que este le dice en el canto XVI: *“Telémaco no está bien que no te admires (...) de que tu padre esté en casa Ningún otro Odiseo te vendrá ya aquí, sino este que soy yo, tal cual soy, (...)”* Cuando el hijo descubre la naturaleza humana de su padre, deja de verlo como un dios y lo acepta, se da ese instante de reunión profunda entre ambos, fundamental para toda la vida. La nodriza Euriclea, en el canto XIX, reconoce al héroe por la cicatriz de su infancia, lo que permite interpretar cuánto la anciana conoce el pasado del personaje, su heridas de niño, sus historias de muchacho, no está la madre de Odiseo, está Euriclea. Pero el hijo que regresa después de veinte años es el mismo Odiseo ante Laertes en el canto XXIV: ambos se reconocen a través del cómplice recuerdo de las enseñanzas recibidas del padre: *“me diste trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras (...), los árboles frutales, las hileras y sus nombres (...)”* El anciano llora y lo abraza; mientras tanto, en el aula el muchacho de dieciséis años que inicia su ser joven, reúne la imagen de sí mismo y espera, porque entiende que el árbol se conoce finalmente por su fruto.